

Laudo de la Bienal Nacional de Artes Visuales

Fundada en 1942, la Bienal Nacional de Artes Visuales de la República Dominicana se ha consolidado como la plataforma más significativa de encuentro, difusión y reflexión del arte nacional. Durante más de ocho décadas ha propiciado el diálogo intergeneracional, la confrontación crítica y la proyección de visiones diversas, convirtiéndose en un espacio indispensable para la cultura dominicana y su proyección tanto en Latinoamérica como en el Caribe, así como en otras partes del mundo.

Como Jurado de Premiación, trabajamos con las 210 obras admitidas por el Jurado de Selección. Destacamos la riqueza de enfoques y la pluralidad de búsquedas y preocupaciones estéticas presentes en las propuestas artísticas, así como el hecho de que numerosos artistas asumieron la oportunidad de explorar problemáticas cruciales de la experiencia colectiva dominicana, desde memorias históricas persistentes hasta acontecimientos recientes, desde la trágica pérdida de vidas en el club nocturno Jet Set hasta las persistentes complejidades de la relación con Haití.

Las bases de la Bienal establecen que las obras participantes deben dar cuenta de las preocupaciones contemporáneas de la comunidad artística dominicana y sus diásporas. Asimismo, las obras premiadas pasan a integrar el patrimonio colectivo de la sociedad dominicana a través de la colección del Museo de Arte Moderno de Santo Domingo. Conscientes de esta misión, como jurado decidimos otorgar los premios correspondientes, considerando no solo la excelencia formal y conceptual de las obras, sino también su potencia crítica para interpelar los debates del presente y ampliar los horizontes de la historia del arte contemporáneo dominicano.

Las obras premiadas se distinguen por una agudeza estética que se manifiesta en el rigor técnico y en la solidez conceptual, y constituyen al mismo tiempo un desarrollo orgánico en las trayectorias de sus creadores, quienes han mantenido una participación activa en el ecosistema artístico contemporáneo.

Procedemos a otorgar nueve premios igualitarios, dos menciones y un gran premio como parte de la 31.ª Bienal Nacional de Artes Visuales. A continuación, las obras reconocidas, leídas por orden alfabético de los nombres de sus autores:

Premio igualitario a una escultura que interpela los procesos de memoria histórica en la República Dominicana mediante el uso de la palma real, emblema vegetal instrumentalizado durante la dictadura de Rafael Trujillo. La obra advierte cómo las ideologías fascistas y ultranacionalistas, aparentemente superadas, persisten en nuestro presente. Por su claridad crítica, fuerza poética y capacidad interpelativa, la pieza pasará a formar parte del Jardín de Esculturas del Museo de Arte Moderno, en la actual Plaza de la Cultura de Santo Domingo, antes propiedad de Trujillo y posteriormente convertida en nodo cultural por Joaquín Balaguer. Uno de los nueve premios igualitarios corresponde a la obra ***Lo que se saca de raíz, vuelve a crecer***, de David Pérez “Karmadavis”.

Premio igualitario a una obra fotográfica que captura un instante y lo convierte en presencia viva. Más que un retrato, revela la historia, la energía y la dignidad del cuerpo que representa, celebrando la sensualidad y la vida y sus procesos de transformación, al tiempo que evidencia los vínculos afectivos y las relaciones humanas que atraviesan las sociedades contemporáneas. La luz contenida y respetuosa refuerza el medio fotográfico como fuerza testimonial. Uno de los nueve premios igualitarios corresponde a la obra ***Alain***, de Fued Yamil Koussa.

Premio igualitario a una instalación que articula, desde la experiencia personal y colectiva, la fragilidad de la salud mental y las tensiones entre alivio y dependencia en el uso de psicofármacos. Asimismo, aborda cómo la industria farmacéutica condiciona la educación médica y la vida de los pacientes, invisibilizando efectos adversos y la complejidad de la abstinencia. Este ‘botiquín’ funciona como metáfora de resistencia, cuidado y advertencia frente a las desigualdades y silencios del sistema de salud, evidenciando también los vínculos afectivos y las relaciones de cuidado en la sociedad contemporánea. Uno de los nueve premios igualitarios corresponde a la obra ***Botiquín de abstinencia***, de Jessica Fairfax Hirts.

Premio igualitario a una pintura que combina ciencia, memoria caribeña y lo absurdo. Partiendo del hallazgo de un tardígrado fosilizado en ámbar dominicano de 16 millones de años, la obra ficciona su simbología de resistencia y supervivencia extrema. Representado como un ser mítico sentado en una silla de guano y rodeado de instrumentos del merengue, el formato vertical de la pieza presenta un ritual final donde la música actúa como eco de una civilización extinta. Concebida como una sátira ‘tropicallapocalíptica’, transforma la fiesta en advertencia, mostrando al Caribe como espacio donde lo cotidiano deviene mito y lo festivo se convierte en acto crítico. Uno de los nueve premios igualitarios corresponde a la obra ***Mambo Apocalíptico (El merengue del tardígrado)***, de José Levy.

Premio igualitario a una pintura que interroga, mediante la metáfora visual, los vínculos entre memoria histórica, espacio urbano y violencia estructural. Partiendo de la Feria de la Confraternidad y la Paz del Mundo Libre —hoy Centro de los Héroes—, construida bajo la dictadura de Rafael Trujillo como símbolo de poder y propaganda, el artista introduce en su plazoleta central una escena perturbadora: de la fuente emergen camiones ‘Bluebird’, vehículos asociados al transporte escolar, resignificados en la República Dominicana como ‘la camionera’, emblema del aparato migratorio y de las deportaciones de personas indocumentadas haitianas. Por su capacidad de resignificar la historia y evidenciar la persistencia de violencias institucionales, uno de los nueve premios igualitarios corresponde a la obra ***Feria (2025)***, de José Morbán.

Premio igualitario a una instalación que enlaza materiales tradicionales, memoria obrera y experiencia poética en una pieza con diversas resonancias simbólicas. A través de sacos tejidos en fibra vegetal, dispuestos como paisaje visible desde una vista de pájaro, la obra recupera la figura del lector en las galeras tabacaleras, mediador cultural que integraba trabajo manual y palabra. La escalera y el libro que compila escritos costumbristas de autores de la cuenca del Caribe convierten al público en parte esencial de la obra, transformando la contemplación en acto consciente e interpretativo a través de la voz de autores locales y regionales. Por su capacidad de articular historia, artesanía y lectura como herramientas de memoria y resistencia cultural, uno de los nueve premios igualitarios corresponde a la obra ***El Lector***, del Colectivo Modafoca.

Premio igualitario a una obra de dibujo que integra otros medios, transformando el grafito en un lenguaje expandido que conecta símbolos autóctonos, mitología y memoria colonial y decolonial. Lo ornamental y lo ancestral se entrelazan con lo cotidiano para construir un espacio simbólico donde la identidad se cuestiona y se reinventa. Dialogando con la tradición del surrealismo, la pieza reinterpreta objetos y figuras de la cultura dominicana desde una poética onírica y crítica, en la que la realidad y la ficción coexisten con fuerza expresiva. Uno de los nueve premios igualitarios corresponde a la obra ***Raíces sin semilla***, de Pedro Troncoso.

Premio igualitario a una instalación que convoca dos prácticas profundamente arraigadas en la vida rural dominicana —el palo vivo y la pelliza— y las combina para señalar las urgencias ecológicas contemporáneas. Lo cotidiano se vuelve simbólico: la rama sembrada para delimitar que florece y el textil reciclado como archivo de tiempo se convierten en metáforas de regeneración, cuidado y memoria compartida. La disposición inmersiva

(y sus distintas posibilidades de exhibición) invita al público a adentrarse en un ecosistema vivo y simbólico, que manifiesta la interdependencia de todas las formas de vida arraigada en muchas prácticas cotidianas de la sociedad dominicana. Uno de los nueve premios igualitarios corresponde a la obra ***Palo Vivo***, de Soraya Abu Naba'a.

Premio igualitario a una pintura que aborda las relaciones interespecies desde una dimensión onírica, donde cuerpos humanos y más-que-humanos coexisten en estados de metamorfosis. Los personajes, fundidos con memorias de la tierra y lo acuoso, encarnan una poética del tránsito entre lo real y lo intangible, entre lo visible y lo soñado, y desde esa atmósfera interpelan las estructuras patriarcales y extractivistas que han relegado la potencia transformadora de los cuerpos feminizados. La obra convierte el sueño en un espacio crítico donde se cuestiona la separación entre lo humano y lo no humano, señalando la interdependencia que sostiene la vida. Uno de los nueve premios igualitarios corresponde a la obra ***El sueño de la libélula***, de Yéssica Montero.

Nuestras sinceras felicitaciones a los nueve premios igualitarios. Esperamos que estos reconocimientos sean recibidos como un estímulo para continuar desarrollando sus prácticas artísticas, profundizando en su compromiso creativo y en la contribución al panorama del arte contemporáneo dominicano.

El jurado otorga además dos menciones de honor: a la instalación ***Pendientes: estudio performático sobre la normatividad cinética***, de Noa Batlle, en la que la artista plantea una discusión imprescindible y siempre urgente sobre el acceso a la experiencia estética y a la ciudad para personas con capacidades motrices y perceptivas diversas; y a la pintura ***La Anunciación***, de Ramón Pacheco (Siloé), en la que el artista establece un diálogo crítico con la historia del arte europeo y la construcción identitaria en un contexto poscolonial. Que estas menciones sean recibidas como un estímulo para continuar desarrollando sus prácticas y profundizando en sus investigaciones artísticas.

El jurado otorga el Gran Premio de la 31 Bienal Nacional de Artes Visuales a una pintura que se erige como altar contemporáneo donde el dolor se transforma en memoria, espiritualidad y esperanza. La obra articula con hondura lo íntimo y lo colectivo, situando al cuerpo femenino como espacio de tránsito entre lo visible y lo invisible, entre lo terrenal y lo espiritual. A través de un lenguaje plástico que combina dibujo, pintura y la intervención con hilos, la artista convierte el sufrimiento en acto ritual y político, evocando la religiosidad popular dominicana en su cruce de catolicismo devocional, rezos ancestrales y vudú criollo. En un país donde en las últimas décadas se han intensificado y denostado los debates en torno a la autonomía del cuerpo, la obra interpela esos discursos normativos y los resignifica desde la fragilidad, la herida y el duelo, transformándolos en potencia creadora y espiritual. La pintura se convierte así en un espacio inmersivo de sanación colectiva, donde el arte es cuerpo, es fe y es resistencia. Por su profundidad simbólica, su impecable resolución formal y su capacidad de conmover y resignificar, el Gran Jurado distingue la obra ***Ritual de Sanación***, de Lucía Méndez Rivas, con el más alto reconocimiento de la Bienal.

Yina Jiménez Suriel

Orlando Isaac.

Allison Thomson